

Y él repetía, en tono de inmensa lástima, con infinito cariño:

—Ya te resignarás, ya te resignarás.

Protestaba ella todavía, pero iba entregándose; ya no tenía más que un quejido de pobre víctima lastimada, cuyo dolor se quiere adormecer.

—¡Oh, no! quiero sufrir... No puedo, no me resigno.

Aquel día almorzaba Lucas con los Jordán, y cuando, á las once y media, se presentó, todavía los encontró conmovidos, los ojos llorosos. Pero él también padecía tanto, que no lo echó de ver. La necesaria despedida de Josina le desesperaba. Era como si le arrancaran la postrer energía el llevarle su amor, que creía necesario para su misión. Si no salvaba á Josina, jamás salvaría al pueblo miserable á quien había dado su corazón.

En cuanto se levantó, todos los obstáculos que le estorbaban se le presentaron, invencibles. Había visto, en negra visión, la Crecherie perdida, hasta el punto de parecerle locura soñar con salvarla. Allí se devoraban los hombres, no había podido establecer la fraternidad entre ellos; todas las fatalidades humanas se encarnizaban contra su empresa. Y, de repente, había perdido la fe, presa de la más terrible crisis de desaliento que hasta entonces había sufrido. El héroe, en él, vacilaba, agravando el mal, próximo á renunciar á su empeño ante el temor de la cercana derrota.

Sœurette, notando su turbación, tuvo la divina ternura de inquietarse por ella.

—¿Se siente usted mal, amigo mío?

—Sí, no me siento muy bien; he pasado una mañana atroz... Desde que me he levantado, cada noticia una desgracia.

No insistió ella; le miraba con ansiedad, pregun-

tándose cuál podría ser su dolor, si amaba y era amado. Para ocultar un poco su propia emoción, se había acercado á su mesa de trabajo fingiendo tomar notas para su hermano, el cual había vuelto á echarse en su butaca, fatigado.

—Entonces, mi querido Lucas,—dijo Jordán,—allá nos vamos todos; pues si yo me levanté bastante fuerte, he tenido también tales contratiempos, que estoy en tierra.

Lucas se paseó un momento, sombrío el rostro, sin decir una palabra. Iba y venía deteniéndose á veces delante de la alta ventana mirando á la Crecherie, á la ciudad naciente. Después no pudo contener el flujo de su desesperación, y habló:

—Amigo mío, ya es necesario que hablemos... No se le ha querido turbar en sus investigaciones, y se le ha ocultado que en la Crecherie nuestros negocios van muy mal. Los obreros nos dejan; todo es rebeldía y desunión entre ellos, por causa de las eternas discordias del egoísmo y del odio. Beauclair entero se subleva los comerciantes los mismos trabajadores cuyos hábitos alteramos, nos hacen tan penosa la vida, que nuestra situación cada día es más alarmante ...En fin, yo no sé si las cosas me parecen hoy demasiado sombrías, pero ya no veo esperanza. Creo que estamos perdidos, y no puedo ocultar á usted más tiempo la catástrofe á que vamos.

Jordán le oía con asombro, pero muy tranquilo, y hasta sonrió ligeramente.

—¿No exagera usted un poco, amigo mío?

—Supongamos que exagero, que la ruina no es para mañana... Aun así, no me creería un hombre honrado, si no le advirtiera que temo una ruina próxima. Cuando le pedí á usted terreno, dinero para la empresa de salvación social que soñaba, ¿no le prometí, además de una grande y hermosa acción digna de usted,

un buen negocio? Pues le he engañado, su fortuna se va á sepultar en la mayor derrota. ¿Cómo quiere usted que no me acosen terribles remordimientos?

Con un ademán, Jordán había intentado interrumpirle, como para decir que el dinero no le importaba. Pero Lucas continuó:

—Y no son únicamente las considerables sumas ya perdidas, sino las que se necesitan cada día para prolongar la lucha. Yo no me atrevo á pedírselas á usted, pues si yo puedo sacrificarme por completo, no tengo el derecho de arrastrarles en mi caída á usted y á su hermana.

Se dejó caer en una silla con las piernas como rotas, abatido, mientras Sœurette, muy pálida, sentada aún delante de su mesa siempre, mirándolos, oía con emoción profunda.

—Verdaderamente las cosas van muy mal,—replicó Jordán con voz tranquila.—Y sin embargo, la idea de usted era muy buena, y había usted acabado por convencerme... Yo no se lo había ocultado; no me mezclaba en esas tentativas políticas y sociales, convencido de que sólo la ciencia es revolucionaria y que sólo ella acabará la evolución de mañana llevando al hombre á toda verdad y á toda justicia... ¡Pero era tan hermosa vuestra solidaridad! Desde esta ventana, después de mis horas buenas de trabajo, miraba yo con interés brotar vuestra ciudad. Me divertía, y decíame que para ella trabajaba yo también y que algún día sería su gran fuerza la electricidad, la obrera activa y bienhechora... ¿Habrá que renunciar á todo eso?

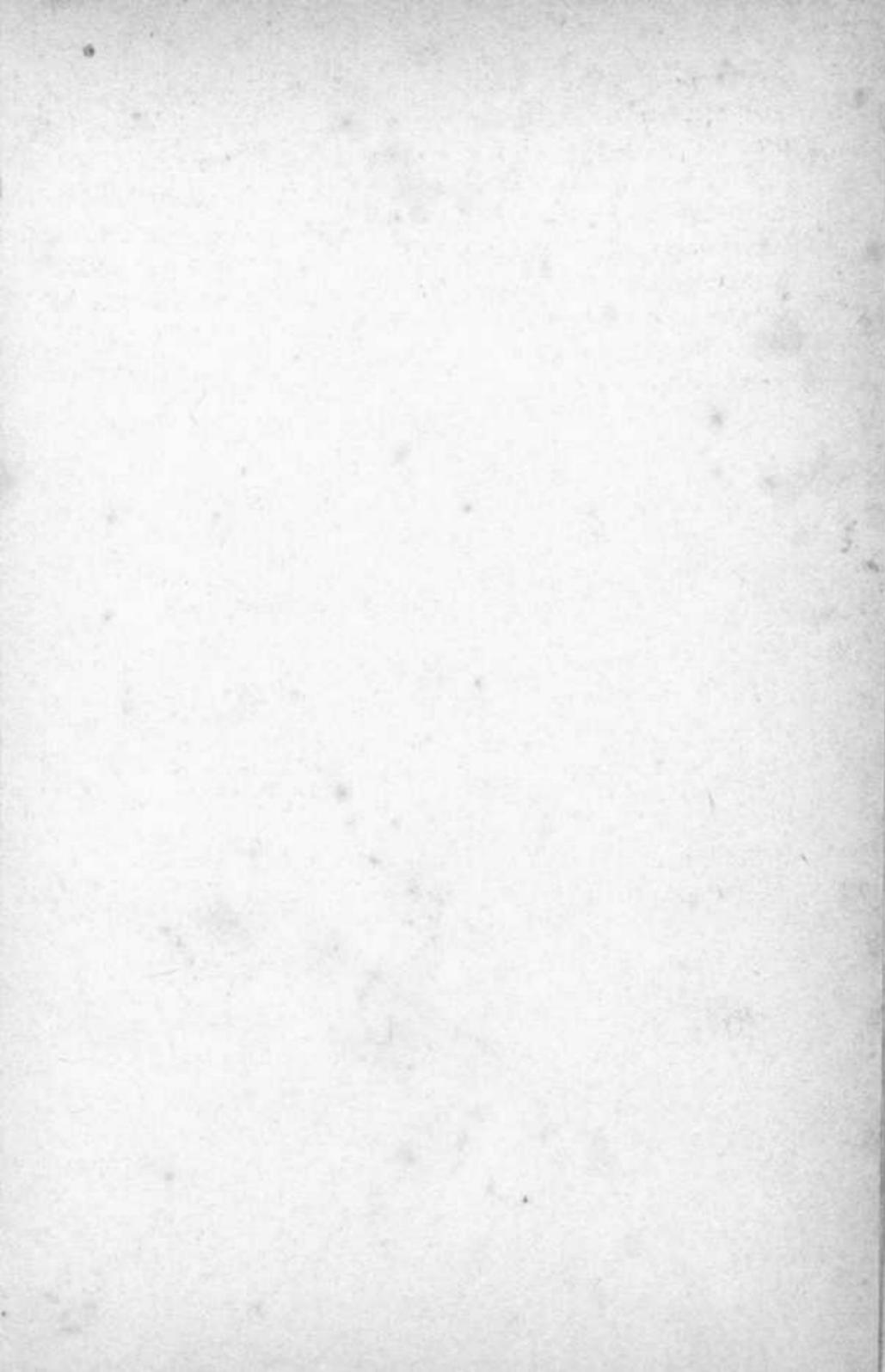
Lucas, entonces, dejó escapar este grito de cansancio supremo:

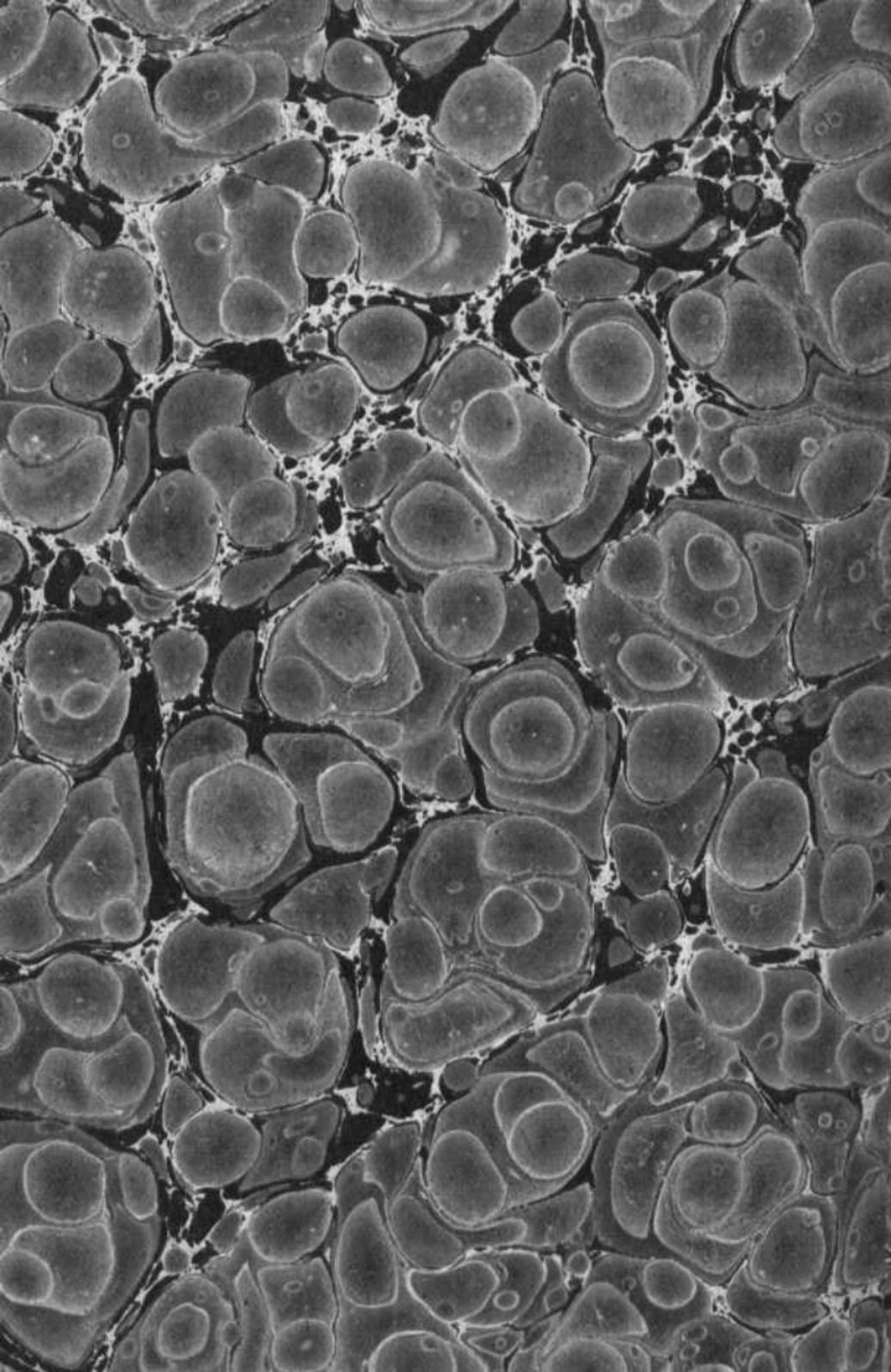
—Se me acabó la energía, no siento en mí ningún valor, toda mi fe se ha ido. Todo se acabó; vengo á decirles que lo abandono todo antes que exigirles un

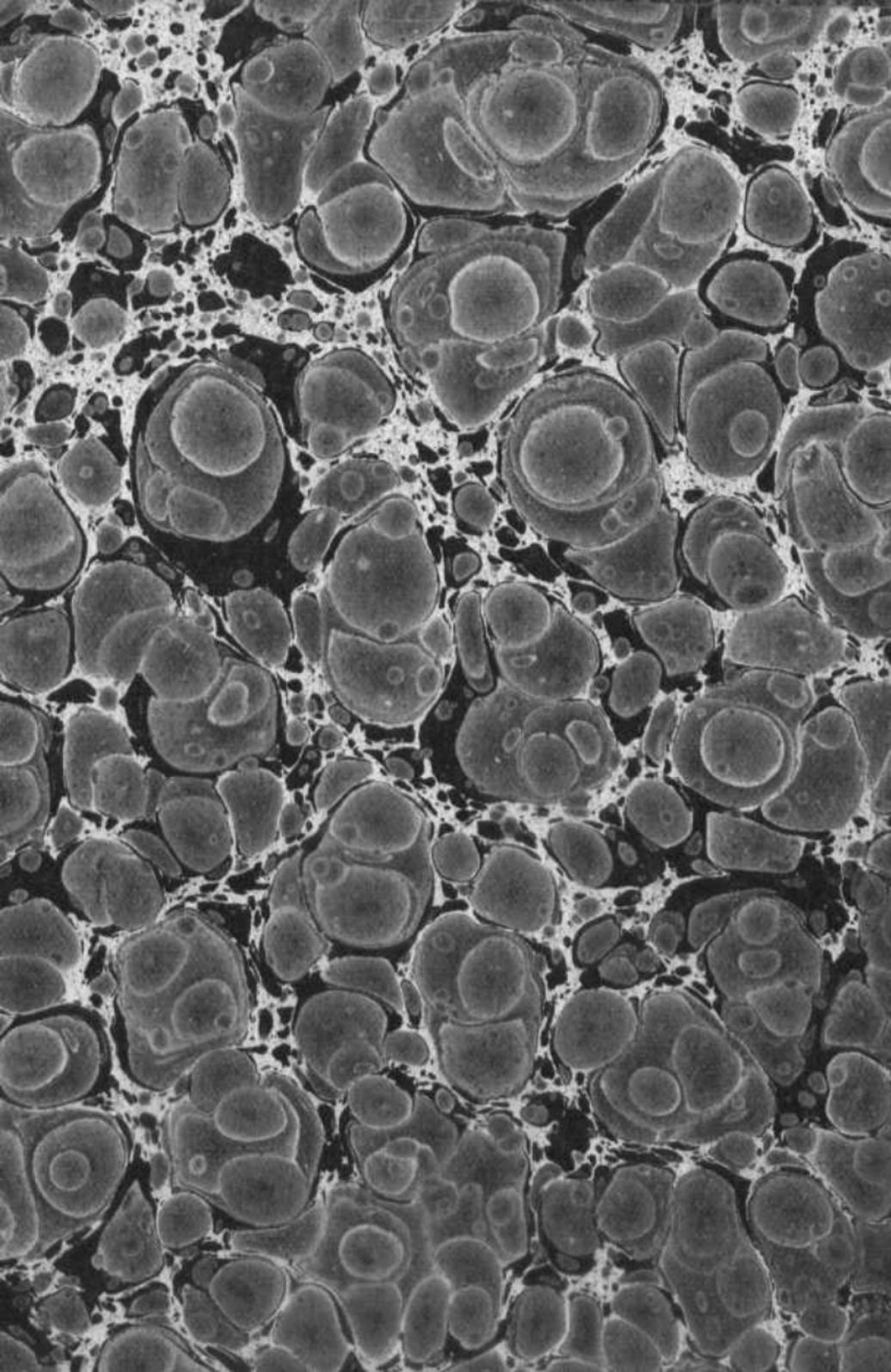
nuevo sacrificio... Porque vamos, amigo mío, el dinero que aún necesitaríamos, ¿se atrevería usted á dármelo ni tendría yo la audacia de pedirselo?

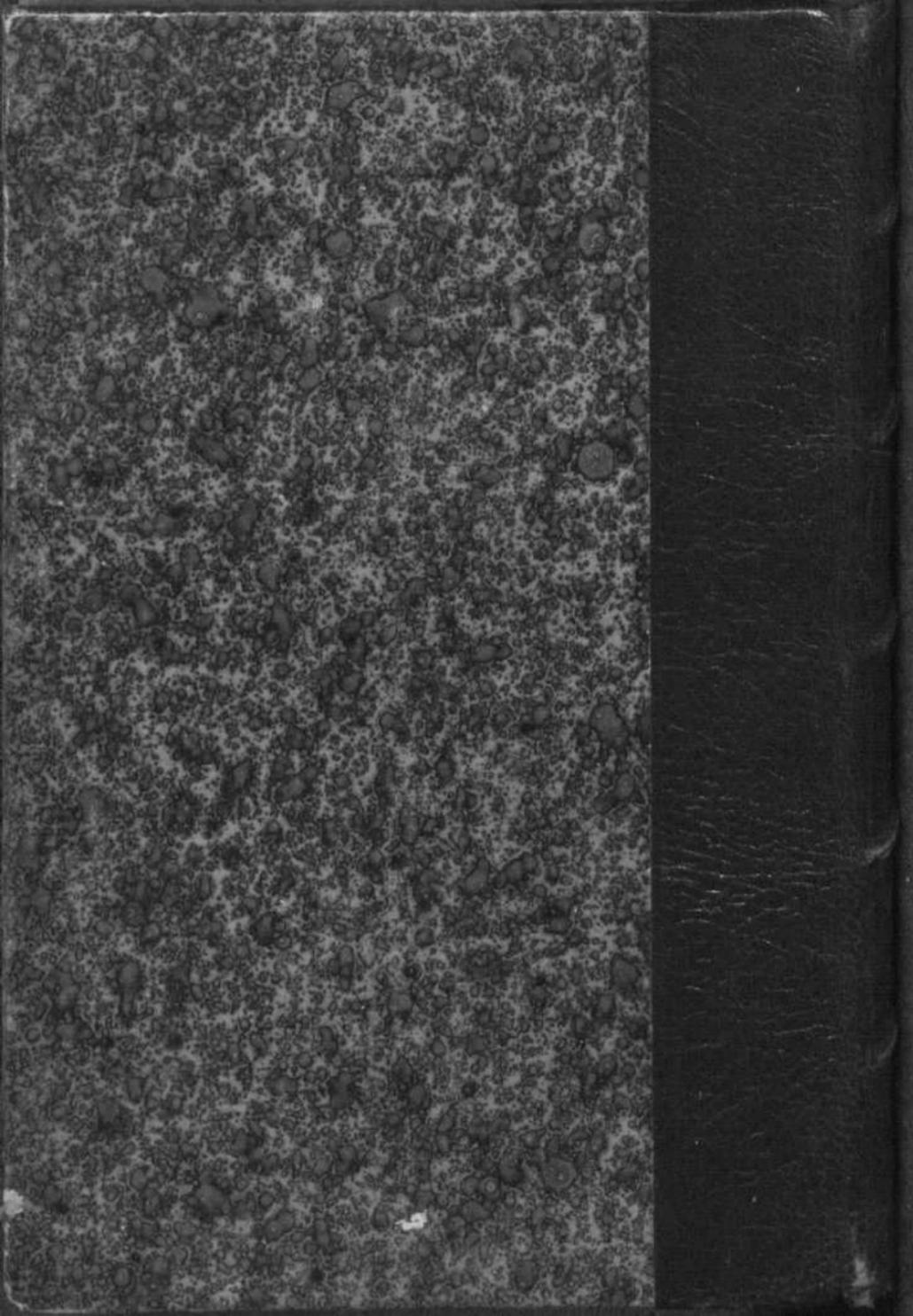
Y jamás grito de desesperación más desgarrador salió del pecho de un hombre. Era la hora mala, la hora negra que conocen bien todos los héroes, todos los apóstoles, la hora en que la gracia se va, en que la misión se obscurece, en que la empresa parece imposible. Derrota pasajera, cobardía de un momento que causa dolor terrible.

FIN DEL TOMO PRIMERO









E. ZOLA
—
TRABAJO

I